

LIBROS

"Materiales",
el arma
de la crítica

Constituye ya un lugar común la referencia a la penuria histórica del marxismo español. El subdesarrollo teórico anterior al 36 resultó difícil de superar en las tres décadas siguientes, cuando el aparato de Estado convertía la persecución de las ideas de Marx en uno de los puntos cardinales de su política. Sólo comenzó a cambiar el panorama en los años sesenta cuando, por una parte, a través de traducciones, y por otra, con ensayos cada vez más despojados de timidez, el marxismo fue cobrando una extraña, pero real, carta de naturaleza en nuestra vida universitaria e intelectual. Por fin, la democratización efectiva que experimenta la comunicación ideológica en los últimos meses ha hecho posible la aparición de diversos órganos de expresión donde las corrientes marxistas ocupan un lugar entre los heterodoxos antes proscritos.

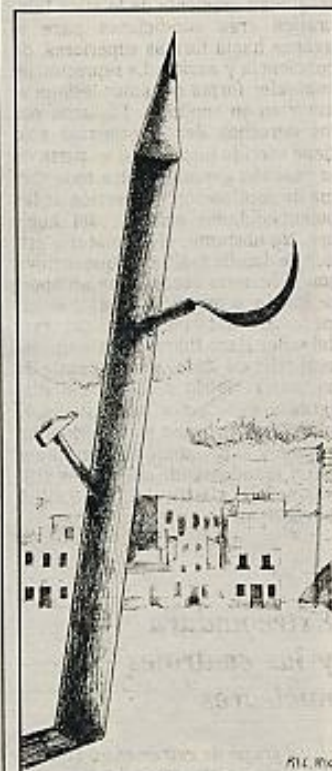
En este contexto ha visto la luz el primer número de *Materiales*, en los primeros días de febrero. Aunque en su Consejo de Redacción figuren nombres de diversas áreas del Estado (con un sorprendentemente sabiniano "Euzkadi"), el núcleo del mismo se sitúa en Cataluña y, a juzgar por esta primera entrega, bajo la iniciativa del grupo de filósofos marxistas que encabeza Manuel Sacristán. *Materiales* se presenta como revista dependiente y militante, pero no sometida a consignas y del contenido del número 1 se desprende una intención central: desarrollar a partir del ámbito del comunismo una labor teórica fundamentada en el marxismo, con una serie de proyecciones convergentes: a) incorporar a nuestro país los debates teóricos marxistas de que hasta hoy ha estado cortado por razones políticas; b) desarrollar en lo posible líneas de reflexión propias, desde la filosofía y la cultura al discurso político; c) dotar, en fin, a esta reflexión de una dimensión crítica constante, como único medio de su-

perar el atraso teórico de que inevitablemente partimos.

A la vista de este primer número, tales intenciones se cumplen satisfactoriamente en la sección teórica de la publicación. Si el ensayo de Argullol sobre la fundamentación marxista de la lucha cultural puede tomarse como simple prólogo, la crítica de Sacristán al funcionamiento de los conceptos "razón" e "irracionalismo" en Luckács da contenido a la anterior exigencia de aplicación de una metodología marxista aunque, a un nivel muy general, cabría formular la pregunta acerca de las posibles conexiones de *La destrucción de la razón*, no sólo con el referente explícito del fascismo, sino con el stalinismo en cuanto contexto que determina algunos rasgos que señala Sacristán en la obra citada del filósofo. A continuación, un extenso trabajo de Ernesto García nos informa acerca del debate italiano en torno a los significados y contenidos de la democracia de cara a la transición al socialismo. Y, por fin, cierra el cuadro la traducción de un ensayo sumamente didáctico de Robin Blackburn sobre el tema del Estado en Marx, basado en una lectura cronológica de sus textos.

Segunda en importancia es la sección documental. Aquí es donde, desde mi perspectiva individual, el lector puede fundirse con el talante de perplejidad que, según la nota de presentación, caracteriza a los editores de la revista. Se nos ofrece en primer término un valioso informe del PSUC, originariamente interno, sobre "La militancia de cristianos en el partido comunista". Es un texto de suma coherencia y, a nuestro juicio, muy oportuno en unos momentos en que el movimiento obrero está pagando con crecidos intereses la deuda de sus pasados anticlericalismo y ateísmo militantes. Han cambiado muchas cosas desde los años en que católico era sinónimo de contrarrevolucionario y, como justa compensación, los trabajadores compartían la cristianofobia del radicalismo burgués. Pero, como adecuadamente advierte el documento reproducido, la solución no reside en un movimiento pendular que lleve a introducir en el ideario comunista elementos de apologética del cristianismo y de la Iglesia. Constituye una especial fuente de confusión la tendencia a construir analogías entre las formas de militancia

cristianas y las marxistas, olvidando totalmente la crítica marxista de la religión e incluso la función social que todavía hoy desempeña la Iglesia. El único inconveniente surge si consideramos que "La militancia..." se dirige contra una serie de artículos y resoluciones del PCE publicados en la clandestinidad y, consecuentemente, situados fuera del alcance de todo lector no militante. La pregunta que me formulé creo que sería válida para otros muchos lectores: ¿cómo diablos hacerse con el número de *Nous horizons*, donde está



el artículo de Carlos Riba o con la declaración del Comité Ejecutivo del PCE de febrero de 1975? (No sucede lo mismo, por ejemplo, en el suelto relativo a Azcárate, ya que "Por favor" es una publicación autorizada.) La documentación cobra así un sentido unilateral, bastante críptico, y abre el camino de una lectura connotativa escasamente favorable para la actual exigencia de presentar con rasgos precisos la imagen del PCE en nuestra sociedad.

Unas observaciones similares podrían dirigirse a la reproducción del informe de Alvaro Cunhal ante el VIII Congreso del Partido Comunista Portugués, reunido en noviembre pasado: "As tareas do PCP para a construção da democracia rumo ao

socialismo". La ausencia total de información respecto a las razones de la elección y la forma de presentar el texto (desde el grado de la significación, es decir, sin nota preliminar alguna) abren de nuevo el camino de las inferencias. He de decir que aquí sí tuve suerte a título individual y pude buscar entre mis papeles la intervención de Cunhal en el VII Congreso, de octubre del 74, y otros textos del PCP que me ayudaron a situar el valor ideológico de este balance de situación cuando parece quebrado definitivamente el modelo de alianza con el MFA en que se apoyó la política cunhalista hasta la segunda mitad de 1975 (aunque todavía hoy conserve fidelidad formal a dicho enlace). Pienso de nuevo que para un público como el español, poco informado de los antecedentes teóricos del PCP, una introducción o un resumen antológico de textos de Cunhal, de abril del 74 a noviembre del 76, era de todo punto indispensable. Tal como viene el documento pierde buena parte de su significación, salvo, claro está, para el especialista. En particular, porque siendo Cunhal un político escasamente dado a la autocrítica y propicio, en cambio, a cargar sus propias contradicciones sobre las espaldas de los "partidos reaccionarios", dicho contraste con los antecedentes resultaba una condición previa para que el documento cumpliera su función de punto de apoyo para el debate o la toma de posición.

El punto es importante de cara al futuro de *Materiales*, ya que de no situar en lo sucesivo los documentos será inevitable la lectura ideológica de la propia selección realizada. Lo mismo que sucede con el extraño sustantivo "partididad", mediante el cual los editores de *Materiales* definen la propia militancia, hay en la articulación de planos de este primer número una serie de vacíos y desfases que deberán clarificarse en el futuro. Entre el informe de origen interno y la puya al dirigente, la pseudoneutralidad de la documentación y la reflexión teórica formal, los enlaces se establecen en este primer número sólo de forma indirecta o secundaria: en la recensión del debate teórico italiano, en una traducción de la *New Left Review* o en el breve y excelente ensayo bibliográfico de Pérez Royo. Es de aplaudir en la nueva revista la fidelidad al propósito de Lenin de mantener

"una atención vigilante para el aspecto teórico del movimiento revolucionario del proletariado", pero, prolongando la referencia a ¿Qué hacer?, cabría advertir que ello exige una precisión y una transparencia constantes en los fundamentos teóricos y en los objetivos concretos de la labor teórica. Si estos últimos permanecen implícitos en el discurso, bien intencionalmente, bien por el enmascaramiento de los medios de exposición empleados, la libertad de crítica puede funcionar según el mecanismo del apólogo del pantano descrito por Lenin. Insistimos en que no es la sección de trabajos teóricos, sino la documental (con los sueltos) la que sirve de base a esta prevención. ■ ANTONIO ELORZA.

Samaniego: "El jardín de Venus"

Conocido por sus fábulas, el nombre de Félix de Samaniego aparece ahora rubricando un tipo de poesía de índole, en apariencia, completamente distinta. Poesía erótica y, sobre todo, de divertimento, de gracia grosera y fácil. Como bien informa Emilio Palacios en el prólogo al libro (1), este tipo de poesía circulaba bajo cuerda en los tiempos ilustrados, y ya fuese por temor al dictado de la Inquisición o por el de perder su reputación de hombres cultos y preocupados más de cuestiones de Estado que de veleidades de la carne, sus autores no se decidieron a inmortalizar sus nombres llevando sus festivas composiciones a la imprenta. Son, pues, composiciones hechas para ser leídas en tertulias de casino, cuando a los hombres, ya excluidas las mujeres, se les esboza una sonrisa de malicia.

Sin subvalorar sus méritos literarios, el mayor interés de tales composiciones pertenece al campo de lo social: lo curioso, lo anecdótico y, de todos modos, revelador de la mentalidad de una clase social —y un sexo, el que podía permitirse tales expansiones, ya fuese como inofensiva broma, y siempre con ciertas precauciones—.

El tono con que han de tratarse estas materias es, indudablemente, el de la broma, como muy bien señala E. Palacios,

(1) El jardín de Venus. Félix María Samaniego. Ediciones Siro, S. A. Madrid, 1976.

pues por la conversión de Eros en objeto de risa, burla y jocosidad, la carga erótica se alivia, se disuelve. El mismo tratamiento constituye una forma de moralismo. La permisividad del chiste, como es bien sabido, no implica la correspondiente discusión, la menor puesta en cuestión, de la materia que lo provoca. La forma redime al contenido, trivializándolo y descargándolo de sus aspectos problemáticos. Seguramente han sido los dictadores quienes más se han reído de los chistes a ellos dedicados.

Resulta de interés sociológico el estudio de la "ideología" de tales composiciones salidas de la pluma de un hombre, y hombre ilustrado, pues llevan en sí, quiéranlo o no, dos notas: sexo y clase social.

La mujer, que aparece pintada con plena capacidad gozadora y deseosa en todo momento de participar e iniciar el juego erótico, valora al hombre en función del tamaño y resistencia de su miembro reproductor. (Parece innecesario subrayar el tópico.) El erotismo es, sobre todo, manifestación de la virilidad masculina. El onanismo aparece condenado, el homosexualismo se castiga: son poemas con escarmiento final.

Los frailes y las monjas protagonizan buena parte de las composiciones. El resto son hombres y mujeres pertenecientes al pueblo llano; por eso pueden describirse sin inhibiciones y se les concede a ambos un papel activo y resueltamente gozador.

La idea común subyacente a todas las composiciones es que lo natural no puede suprimirse y que el acto sexual pertenece a las necesidades básicas del hombre y la mujer. Hay cierta reivindicación de la Naturaleza aun cuando se someta y restrinja a las reglas convencionales. Se permiten y se ensalzan —en la medida del chiste— las relaciones eróticas hombre-mujer que llevan a una consumación del acto sexual, y se ensalzan —en la misma medida del chiste y al mismo tiempo, mitificándolos— los atributos sexuales masculinos.

Coplas eróticas y moralistas al fin y al cabo, en las que se refleja la mentalidad dominante que impregnaba las risas de las reuniones de casino de los ilustrados y que nos muestran su otra cara, espejo de convenciones y represiones, aspiraciones y deseos incontrolados. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

Comte, el padre negado

"Una ciencia que titubea en olvidar a sus fundadores está perdida", escribió en cierta ocasión Whitehead. En vano tratarán, sin embargo, los Merton, los Parsons y demás sociólogos funcionalistas de minimizar el legado del padre Comte. De una forma u otra, el autor del "Curso de filosofía positiva" está presente a lo largo y a lo ancho de toda esa sociología del consenso. Como lo está también en esa nueva orientación cibernética y anticipatoria que es la "teoría de los sistemas" con la que los grandes "think tanks" de las Universidades norteamericanas buscan domesticar el futuro.

La diferencia fundamental, explica Martín Serrano en su breve relectura de Comte (1), es que la sociología del padre representa la visión del mundo de una clase en ascenso que intenta ampliar y consolidar su hegemonía. Se trata de un proyecto de sociedad, de un programa de acción para uso de la burguesía industrial.

Los herederos de Comte no son capaces de exponer sus móviles profundos con la misma falta de empacho mostrada por Comte. Sin embargo, a poco que escarbemos en su obra encontraremos la misma veta ideológica, el mismo modelo de sociedad tecnocrática y autoritaria.

Frente a Comte, que miraba hacia el futuro con la seguridad propia de quien sabe que camina en el sentido de la Historia, sus modernos epigonos se batan hoy

(1) Comte, el padre negado. Orígenes de la deshumanización en las creencias sociales. Manuel Martín Serrano. Editorial Akal, Madrid, 1976.

a la defensiva. De ahí que sientan la necesidad de apelar a la "cientificidad" y "neutralidad política" de un método que ya no tiene otro objetivo que el de legitimar y consolidar el "statu quo".

Como es sabido, Comte atribuía a la sociología una función claramente mediadora entre las aspiraciones sociales y la práctica política.

Frente al poder disgregante de la crítica, germen de descomposición y de desorden, el método positivo, propio del tercer estado, permitirá un control cada vez más eficaz de la sociedad. La razón instrumental debía sustituir a la razón objetiva, y todo —incluida la propia autonomía individual— había de subordinarse al objetivo único de la productividad.

Siguiendo esa orientación tecnocrática, los funcionalistas ven también en la sociología un instrumento eficaz de integración y de control y, por lo tanto, de refuerzo del "establishment". Para ellos no existen los antagonismos o las contradicciones estructurales. Si algo no marcha como es debido en el cuerpo social, se trata evidentemente de un simple desajuste funcional que habrá de remediar por medios "técnicos". De ese modo, el sociólogo es sencillamente el especialista encargado de lubricar los engranajes chirriantes de la gran máquina social. Un especialista al servicio de una clase que trata de ocultar su carácter de tal.

El programa de acción de Comte debía permitir a la burguesía industrial alcanzar el dominio completo del aparato del Estado. Hoy el funcionalismo se propone tan sólo, bajo una apariencia de objetividad, reproducir esas instituciones. Frente a la

